

TÍTULO PRIMERO

LA DIVISIÓN DEL TRABAJO

CAPÍTULO PRIMERO

El trabajo.—Diversidad de funciones en el mundo orgánico y división del trabajo en las sociedades.—Diversidad de productos de la naturaleza y de la industria.—Diversidad de funciones sociales en general y de funciones especiales económicas.—Cambio de servicios y de productos.—Necesidades humanas.—Los diversos trabajos para su satisfacción determinan la variedad de estados de la vida económica.—Situación preeconómica y económica.—En todas las épocas hay ejemplares de todos los tipos y estados de la vida económica.—*Funciones económicas fundamentales* que corresponden á estados definitivos de la vida económica.—Guerra y caza.—Pesca.—Domesticación y pastoreo.—Manufacturas.—Agricultura.—*Funciones intermedias*.—Transporte.—Comercio.—*Funciones super-económicas*.—Trabajo artístico-científico.—Funciones moral y religiosa.

9.—Nada permanece ocioso y parado en la naturaleza, ya que todos los cuerpos están perennemente en movimiento (1).

(1) Entre los físicos y filósofos modernos hay un grupo muy considerable é importante, en el que figuran eminencias de primer orden, que consideran que todos los fenómenos del mundo pueden explicarse por las leyes del movimiento, y que, en último resultado, no son más que modos de movimiento. Esto y no otra cosa vienen á indicar las palabras de Charpentier (*Revue phi-*

Las partes más insignificantes de cada cuerpo que vive tienen múltiples movimientos (1). Los órganos y aparatos realizan funciones, produciéndose la atrofia, la parálisis y la degeneración cuando cesan de funcionar. Los seres vivos tienen la facultad de cambiar de lugar y escoger el punto á que han de trasladarse; en cambio las plantas están sujetas por sus tallos y raíces, y los animales, que ocupan el ínfimo lugar en la escala zoológica, se mueven á merced del agua y de los agentes atmosféricos. Todo en la naturaleza revela actividad y vida, renovándose las especies y los individuos, y cubriéndose las bajas que ocasiona la muerte con interminables oleadas de seres, notándose mayor actividad y mayor vida en los seres superiores que en los inferiores, por ser los primeros siempre los más acabados y perfectos.

La ley del trabajo es ley de la naturaleza y de la sociedad, aplicándose igualmente el principio de la *división del trabajo* al estudio de los fenómenos naturales que al de los sociales. Nada se crea ni se extingue en la naturaleza, produciéndose todo merced á trabajo y esfuerzo. Esta idea la revela con su acostumbrada brillantez de lenguaje, desde el Génesis Tahitiano (2)

losophique, pág. 343, VII, Janvier, 1879: «La mécanique est la science du mouvement, elle est donc en quelque manière la science des sciences.» Véase la crítica de la obra de Düring *Kritische-Geschichte der allgemeinen Principien mechanik*.—*Historia crítica de los principios generales de la mecánica*, 2.^a edición, en parte refundida y aumentada con una introducción al estudio de las matemáticas; un vol. en 8.^o, Leipzig, 1877. Vide también P. A. Secchi, *Unidad de las fuerzas físicas en la naturaleza*. Herbert-Spencer ha dicho «que el reposo absoluto no existe», pág. 245 y otras, de los *Primeros principios*, traducción al castellano de J. A. Irueste, Biblioteca Perojo, Madrid. Véanse de esta importantísima obra los capítulos que tratan de la transformación y equivalencia de las fuerzas, dirección del movimiento, ritmo del movimiento, hasta el final del XI. Puede consultarse, además, Balfour Stewart, *La conservación de l'énergie*; Paris, 1879 (Bibliot. scient. intern.). El Profesor Saint-Robert, en su Memoria *Qu'est ce que la force*, publicada como apéndice de la obra anterior, exclama (obra citada, pág. 206): *Que en el actual estado de la Ciencia, cada día estamos más inclinados á no ver en la naturaleza más que materia y movimiento, ambos igualmente indestructibles.*

(1) Debe consultarse *Principes de biologie*, por Herbert-Spencer; dos tomos, Paris, 1877, y *La biologie*, por el Dr. Charles Letourneau; Paris, 1877.

(2) «¿Lo ois, arenas rojas; lo estáis oyendo, arenas blancas? ¡Flores del cocotero, asombraos! ¡Oh, los gemidos, los gritos de la tierra en el trabajo de su creación!» *Génesis Tahitiano*, traducido del tahitiano por L. Gaussin.

á los códigos religiosos de todos los pueblos (1). Las instituciones humanas no escapan á esta ley general, formándose paulatinamente merced á intentonas y ensayos que acaban por hacer prevalecer la que mejor cumple los fines á que parece destinada. El resultado de este perpetuo movimiento en que se encuentra todo lo creado es esta siempre creciente variedad de formas que presentan los seres en sus múltiples aspectos, desde las cristalizaciones hasta los organismos primitivos, y las accidentadas é infinitas combinaciones de color y forma con que nos sorprende eternamente el mundo vegetal con sus variadísimas hojas, flores, tallos y raíces, y el mundo animal con sus delicados aparatos y órganos. Todo lo que vive realiza una función, y siendo infinitas las formas de los órganos, han de ser infinitas las funciones, y cuanto mayor variedad presenten las formas de los órganos, más variedades y diferenciación notaremos en las funciones; y en esto precisamente estriba el progreso en el mundo orgánico y en el mundo social, en la mayor especialidad de cada órgano para realizar su función; de cada objeto útil ó aparato, para el trabajo á que se le destina; y en una palabra, que cada institución cumpla sus fines y el hombre desempeñe en las mejores condiciones posibles el oficio, ocupación ó profesión á que se dedica.

Lo indicado en este párrafo es un punto de partida que no debe perderse de vista al estudiar cómo ha ido desarrollándose el comercio y las demás instituciones sociales, y los principios que se desprenden de todo ello, á saber: la persistencia continuada del movimiento y del trabajo; la siempre creciente variedad de órganos y aparatos para realizar funciones diversas,

(1) El *Génesis de Moisés* condena al hombre al trabajo, capítulo 3.^o, versículos 17, 18 y 19. En un versículo de Job, *Homo nascitur ad laborem sicut avis ad volatum*, se distingue entre el trabajo y el acto ó función que según la estructura de su cuerpo puede ó ha de efectuar un animal cualquiera. El hombre trabaja, esta es su función propia. Hesiodo alude al mandato de los dioses que obligan á trabajar al hombre, *después que Pandora abrió la urna y acabó aquella vida exenta de trabajos y de todos los males*. Muchos escritores de valía consideran la ley del trabajo como divina y fatal. Pueden consultarse, entre otros, *Le Compte de Champagny, La Bible et l'économie politique*; Paris, 1879, prolegómenos y cap. 1.^o

y la división del trabajo (1) para que la función se realice en buenas condiciones. Con esta clave intelectual se explica la formación y desenvolvimiento de muchos actos humanos y de varias instituciones cuyo origen aparecía envuelto en las sombras del misterio.

10.—La vitalidad aumenta en los organismos en la medida en que se hallan especializadas y diferenciadas sus funciones. Mientras no existen aparatos diversamente adoptados para realizar acciones desemejantes, estas funciones se hacen mal, y por falta de disposiciones destinadas á favorecer este resultado, no se saca sino un partido muy débil de los servicios mutuos. Pero á medida que el organismo progresa, cada parte, reducida á una acción más limitada, la ejercita mejor; los medios de cambiar servicios se perfeccionan; el auxilio que cada uno presta á todos y que todos prestan á cada uno, se hace más efectivo cada día, y la actividad total, que llamamos vida individual ó nacional, aumenta (2).

Esto lo reconocen hoy todos los naturalistas, y desde Adam Smith ningún economista se ha atrevido á negarlo. A medida, pues, que la sociedad progresa, ha de ser mayor la diversidad de productos, como es mayor la diversidad de productos naturales allí donde pueden experimentarse los efectos de un progreso botánico y zoológico, donde aparece una fauna y una flora abundante; y cuanta mayor sea la diversidad de los productos de la naturaleza y del trabajo humano con que cuenta una sociedad y mayor la división del trabajo, que es signo de adelantó y progreso en todas las esferas, *más indispensable será el cambio de servicios y de productos.*

(1) Para comprender en todo su alcance cuanto venimos indicando en este párrafo, debe consultarse necesariamente, en primer lugar, los *Principios de biología*, de Herbert Spencer; dos tomos (he tenido á la vista la traducción de E. Cazelles, París, 1877); y en segundo término, la *Morfología general de los organismos*, de Ernesto Hæckel (he tenido á la vista la primera traducción del alemán de D. Salvador Sampere y Miquel, revisada por D. Gaspar Sentión, Barcelona, 1885); y las *Inducciones de la Sociología*, de Herbert Spencer, tomo II de la versión española de Spencer con el título de *El Universo social*, por el citado Sampere y Miquel, páginas 439, 444 y siguientes. V. *Crecimiento social, Estructura social, Funciones sociales, Aparatos orgánicos* y demás párrafos, hasta el fin.

(2) Spencer, obra citada, pág. 461.

A medida que la sociedad adelanta y progresa, se acentúan en mayor grado las diferencias y desemejanzas en las funciones sociales; cada una de ellas adquiere fisonomía propia, y sobre todo adquiere una individualidad y un carácter poderoso la *función económica*. La diversidad de productos obtenidos y la diversidad de servicios hace necesario un cambio rápido y muy extendido para que todos puedan aprovecharse de ellos. Las necesidades humanas van promoviendo por su parte una porción de actividades y esfuerzos para obtener su satisfacción, que determinan la variedad de factores, estados y condiciones de la vida económica.

Allí donde no hay necesidades no es posible el progreso, y ni siquiera se promueven las actividades para su satisfacción; pero hay más: cuando las partes de un organismo cualquiera no funcionan, constituyen un estorbo, como las células muertas que eliminan los tejidos de los animales, las sustancias no asimilables, y los holgazanes y hombres inútiles en la sociedad.

Las sociedades que no trabajan, no progresan; los individuos que no producen, se limitan á consumir, y tampoco pueden medrar ni aumentar su hacienda, y unas y otros constituyen y han constituido siempre un obstáculo para el progreso.

Es muy posible que el hombre, ó mejor dicho, un grupo de hombres, hayan vivido durante mucho tiempo alimentándose con los frutos de los árboles, bebiendo el agua de las fuentes, tendidos al sol durante todo el santo día, y poco menos que tal como nos pintan vivieron Adán y Eva en el Paraíso; pero si aumentó la población y los frutos disminuyeron, ó nació alguna nueva necesidad que las más indispensables á que podía subvenir un sotillo de cocoteros ó un oasis de palmeras, la situación se hizo difícil y la dura necesidad obligó á abandonar aquel Paraíso, que de todos modos no causaría las delicias de ningún hombre civilizado.

11.—Los hombres que se consuelan con lo que la naturaleza produce espontáneamente y los que no quieren trabajar, pertenecen á una época y á un estado de civilización que está fuera del dominio de la economía política. Hay pueblos que son perezosos por naturaleza, como los bathekes del Congo, los

cuales pasan la vida comiendo, bebiendo y durmiendo (1). Los negros de Mozambique no sabían ni querían trabajar en la isla de Saint-Paul (mar de las Indias) (2). Ciertos montenegrinos creen que se deshonran trabajando (3), y la historia de las preocupaciones económicas, que sería muy larga de contar, nos explica cómo permanecen abandonados ciertos veneros de riqueza que se tienen á la mano (4) y cómo decaen naciones enteras creyendo que las artes deshonran y el comercio envilece. Según Burton, ciertas tribus de la costa occidental de Africa son gente improgresiva y perezosos por temperamento (5). Para el salvaje el trabajo es una plaga, y sólo la costumbre le reconcilia con él (6). Se cuenta de los comanches, que padecen de verdadera nostalgia cuando se les separa de su vida salvaje y perezosa, alejándolos de sus praderas, de sus caballos y de sus armas, anhelando su libertad y sus búfalos y antílopes (7). Los indios americanos procuran tener lo más indispensable, y lo mismo se dice de los siameses de ciertas comarcas y determinadas regiones (8), en donde los habitantes eran demasiado perezosos para hacer algo más que atender á las primeras necesidades de la vida, y aun de éstas escogían las que requerían el menor esfuerzo para asegurar una cosecha. Clavairoz preguntó en Haití á un negro por qué no empleaba útilmente el dinero, y recibió esta contestación: «¿Para qué? el buen Dios nos ha dado las bananas y bajo

(1) Westmaker, *Conferencia sobre el Congo* dada en el Ateneo barcelonés en 3 de Febrero de 1888.

(2) *Voyage de circumnavigation de la fregate autrichienne la «Novara», 1857-59.*

(3) Relato de un Cónsul otomano inserto en la *Tour du Monde*; primer semestre, 1860, pág. 74.

(4) Los habitantes de los alrededores de Djukur creen que el que explota la plata toda su vida andará perseguido por los espíritus malignos; *Tour du Monde*, pág. 109, columna 1.ª, primer semestre de 1860.

(5) Richard F. Burton, *Two trips to Gorilla Land and the cataracts of the Congo.*

(6) Federico de Hellvald, *Historia de la civilización en su desenvolvimiento natural*; edición española, 1876, pág. 116.

(7) Vide *Tour du Monde*; primer semestre de 1860, pág. 350, 2.ª columna.

(8) Véase *El país del elefante blanco*. Vistas y escenas del Sudeste de Asia. Relación personal de viajes y aventuras en la India, comprendiendo los países de Birmania, Siam, Cambodia y Cochinchina, 1871, 1872; Londres, p. 193, citado por Hellvald, nota 213 al cap. 1.º

las palmeras encontramos sombra» (1). El búlgaro cultiva poco más de lo que necesita para sí (2). Los indígenas de la Luisiana son, por decirlo así, el tipo del hombre imprevisor y antieconómico, pues ni siquiera quieren acostumbrarse á coger el fruto de los árboles; prefieren destruir el árbol, lo cual ocasiona la casi extinción de los árboles frutales en aquella comarca (3). Los krigs y los assiniboels viven de lo que cazan; corren continuamente en los bosques sin detenerse, á menos que hayan obtenido buen resultado de su cacería, en cuyo caso se paran y permanecen sin hacer nada hasta que han concluido las provisiones y se encuentran que han de pasar tres ó cuatro días sin comer por falta de previsión (4). Según Charleroix (5), los indígenas carecen de toda idea de previsión, son perezosos y no tienen hábitos de trabajo ni de economía. Los habitantes de la Nueva Caledonia carecen de toda previsión, y cuando acaban los productos de la tierra, lo cual no se hace esperar mucho, porque al verlos acumulados en gran número llaman á las tribus de los alrededores para que los ayuden á consumirlos, comen como pueden y lo que pueden, ó se mueren de hambre (6). Los naturales de Oualan son incapaces de pensar en el porvenir, pues para ellos toda la vida se encuentra resumida en el día presente (7). Es indudable que los indígenas de las montañas de San Francisco (los jampays de la familia de los apaches) pueden colocarse en el último rango de la escala social, pues son feroces y salvajes á más no poder, pudiendo decir que ni siquiera sostienen relaciones entre sí y sólo se distinguen de las bestias en que hablan; se alimentan de bayas de cedro, de los frutos de una especie de pino (*pinus edulis*), de las hierbas del campo y de los racimos de algún arbusto (8). Ni siquiera

(1) *Globus*, tomo VII, pag. 127, Hellvald, nota citada.

(2) F. Kanitz, *Donan bulgarien und der Balkan*; Leipzig, 1875, tomo I, página 52, Hellvald, nota citada.

(3) *Traité de l'économie politique*, par J. G. Courcelle Seneuil; Paris, F. Amyot, tomo I, pág. 79.

(4) *Lettres édifiantes*, tomo VI, párrafo 32, citado por el anterior.

(5) *Histoire du Paraguay*, libro V, *ibid.*

(6) Braine, *La Nouvelle Caledonie.*

(7) Jurien de la Gravière, *Voyage en Chine*, tomo II, pág. 310.

(8) *Tour du Monde*, 1.º Septiembre de 1860, pág. 371, columna 1.ª

son cazadores, á pesar de que en su país abunda la caza (1). Casi lo mismo pudiéramos decir de los indios Pah-Utahs, que viven de raíces, así como de serpientes, sapos y ranas y de lo que roban á los viajeros, á los cuales descuartizan y se los comen cuando pueden (2). Los negros no quieren trabajar sino cierto número de horas (3). En todos los pueblos y épocas hay hombres que consideran el trabajo como una carga muy pesada (4) y no pueden acostumbrarse á él.

12.—Es indudable que la condición del hombre primitivo corresponde á la pintura que hacen los viajeros de las tribus y sociedades salvajes más atrasadas, viviendo de los productos de la tierra y completamente esclavos de la naturaleza. El hombre primitivo se cobija en los huecos que aparecen en las cortezas de los árboles, en las cavernas de las montañas, come los frutos que penden de los árboles y no piensa en el día de mañana; cuando ha agotado los frutos ó un incendio ha destruido el bosque cuyos arbustos le proporcionaban alimento, entonces el hambre le obliga á procurárselo y abandona la pereza é inacción en que vivía. Sólo entonces, aguijoneado por el hambre, es cuando persigue mortalmente á los animales que tiene á su alrededor para devorar su carne, ó lucha con sus semejantes para robarles sus alimentos, ó para comérselos, si tanto aprieta la necesidad.

El hombre primitivo es guerrero, cazador ó ladrón y á ello le obliga el hambre, y así nos lo enseña un estudio atento de la historia y de las costumbres de las tribus salvajes. Cuando la caza constituye una *ocupación habitual* con la que subviene el hombre, la familia, la horda, la tribu, una agrupación cualquiera de hombres, á sus necesidades, tenemos un acto que es

(1) *Tour du Monde*, 1.º de Septiembre de 1860, pág. 371, columna 1.ª

(2) *Id. id.*, pág. 382.

(3) *The West Indies and the Spanish Main* by Anthony Trollope; London, 1860.

(4) Conocía el autor de estas líneas á un individuo que decía que había tenido una pesadilla horrible cuando soñaba que trabajaba; y como madrugase los domingos, cosa extraña en él, ya que los días laborables se levantaba de la cama después del mediodía y no hacía nada durante el resto, y preguntado por la causa, contestaba que la razón era muy sencilla, porque levantándose los días de fiesta al amanecer, le parecía que *feya mest temps festa*, esto es, que así durante más tiempo gozaba del descanso.

del dominio de la economía política. El estado de pasividad, de reposo, de abandono; los hombres y los pueblos que no trabajan, que viven de lo que encuentran al azar ó de lo que roban, y los pueblos ó agrupaciones de hombres que viven del pillaje y de la guerra, pertenecen á un estado social que podríamos denominar *preeconómico*. Es evidente que antes de constituir la base de sustento de la población una ocupación habitual, si bien sea tan rudimentaria como la caza, vivían los hombres sin hacer cosa alguna para subvenir á sus necesidades, y que la civilización, que casi todo lo debe al progreso económico, comenzó desde el momento que el aguijón de la necesidad obligó al hombre á abandonar este estado de inacción y á pensar de qué manera tenía que componérselas—permítaseme la frase—para que en adelante no se encontrara en los mismos apuros. Entonces comenzó la vida *económica*, la vida del trabajo, la ocupación habitual para subvenir á sus necesidades, y entonces comenzó á dominar á la naturaleza, á dejar de ser esclavo de ella, y á utilizar todos sus elementos.

Téngase empero entendido que en todos tiempos y en todas las sociedades hay hombres que viven la vida *preeconómica*, que viven como debieron vivir los primeros hombres que no sabían trabajar ó no querían, como los Adanes y Evas de todos los paraísos, bien que algo peor, porque los Códigos religiosos de todos los países han pintado la vida paradisiaca de una manera más brillante y poética de lo que debió ser en realidad. En todas las civilizaciones, en todas las épocas, en todas las agrupaciones encontramos hombres y mujeres que no trabajan ó no prestan servicio alguno á sus semejantes porque no pueden ó no quieren; y téngase entendido que también deben ser excluidos de la vida económica los actos y trabajos, por más penosos, difíciles y complicados que sean, practicados por hombres que viven en un absoluto aislamiento, como los solitarios de Kiliandari (1), ó cuyos trabajos no prestan ninguna utilidad ni recreo á sus semejantes. En todas las sociedades hay parásitos y comensales, y de igual suerte que existen de una ma-

(1) Véase M. A. Proust. *Voyage au Mont Athos*, 1858.

nera visible en el reino animal (1), existen en la sociedad humana. En el siglo en que vivimos, que es indudablemente el siglo de la industria y del comercio, son muchos los que no trabajan, que viven y son alimentados y sostenidos por los que trabajan y producen.

Pertencen, pues, á un estado *preeconómico* los que no trabajan ó no prestan algún servicio á sus semejantes, los que viven en la holganza, los que viven del pillaje y del robo, como las hordas que atacan á los viajeros en el desierto, siquiera lo disfracen con el nombre de tributos (2), los vagos, los enfermos, los alienados, los imposibilitados, los que viven de la caridad pública, y hasta los pueblos que viven de la guerra y las personas que por su posición disipan los bienes y pasan la vida sin producir cosa alguna de provecho, gastando lo que ahorran sus antepasados.

13.—La disminución de los medios de subsistencia ó el aumento de población en un espacio determinado, ó ambas cosas á la vez, han promovido, no ya las necesidades, porque éstas existen siempre, sino el instinto y la costumbre de trabajar, de hacer algo para procurarse medios de subsistencia, y cuando la costumbre y el hábito han sido permanentes y han constituido la base de la condición ó manera de ser de un pueblo, es porque la inteligencia del hombre fué comprendiendo que era indispensable ser previsor y asegurar la subsistencia de sí mismo y de los seres que con él vivían y con el cual le unían afectos.

Los efectos de la disminución de los medios de subsistencia ó del aumento de población que promovió mayores necesidades, debieron sentirse en un espacio determinado, como, por ejemplo, en alguna isla ó en algún oasis, porque en las épocas primitivas de la humanidad, en que no existía la vida sedentaria, cuando faltaban las provisiones en un sitio, debieron tras-

(1) Esta materia es objeto de un apreciable libro de P. J. Van Beneden, profesor de la Universidad de Lovaina, que apareció en París con el título *Los comensales y los parásitos del reino animal*; París, Gerner Baillière, 1883.

(2) Los Tonaregs saquean las caravanas que atraviesan el desierto y les roban cuanto pueden á título de tributo; *Tour du Monde*, segundo semestre de 1860, pág. 193.

ladarse á otro, en el cual permanecían hasta agotarlas. Esto no podía durar mucho en una isla de corta extensión ó en un oasis en medio de un desierto, lo que nos da pie á pensar que de estos sitios, en donde el aumento de población ó la disminución de comestibles hizo sentir fuertemente la necesidad, salieron los hombres á buscarlos fuera, y se adiestraron en la caza, en la guerra y en el pillaje (1).

14.—Desde el instante en que faltan los alimentos, es el hombre, el individuo del sexo fuerte quien va en busca de ellos y se lanza á la caza ó á la guerra para obtenerlos, mientras que la mujer se queda en el mismo sitio á cuidar de los hijos; y tan luego como en el hombre constituye la caza ó el pillaje una ocupación constante y perenne, y en la mujer el cuidar de los hijos y quedarse en el mismo sitio para guardar reses muertas por el marido y prepararlas para la comida, se aboceta una división de funciones sociales dentro de la familia humana, una *externa*, la del hombre, que tiene una vida de relación y de lucha, cuya misión está por decirlo así fuera del hogar, y otra *interna*, la de la mujer, que cuida del hogar y de los hijos (2).

(1) Es muy probable que el fenómeno explicado en el texto haya ocurrido en un oasis más bien que en una isla, ya que en los alrededores de los oasis de los desiertos abundan desde luengos tiempos las hordas que se entregan al pillaje y al merodeo. Por otra parte, habiendo nacido la civilización y el progreso allí donde las necesidades se han hecho sentir fuertemente, y sintiéndose en puntos donde aparecía desequilibrio entre la población y los alimentos, es muy probable que los oasis hayan sido focos y centros de población, de donde hayan irradiado multitud de grupos humanos y tribus aguijoneadas por el hambre. La tradición y la historia vienen en apoyo de esta hipótesis. El hombre vivió en los oasis sin trabajar, cogiendo los frutos de los árboles, bebiendo el agua de las fuentes, en la mayor indolencia y sin grandes necesidades; con el aumento de población ó con la disminución de alimentos surgió el hambre, sacudió la pereza y fué necesario lanzarse á la caza y á la guerra. Ya en este camino, el hombre empezó á luchar, á hacer provisiones de caza, á pensar en los medios de evitar el hambre y las demás necesidades, y se acostumbró á trabajar; y es muy posible que las tradiciones hayan conservado á través de los siglos el recuerdo de una época en que *los hombres vivían sin trabajar y comían de los frutos de los árboles en un sitio delicioso del cual fueron arrojados*, que es en esencia el pensamiento fundamental que aparece en el fondo de las leyendas acerca del Paraíso terrenal que tienen casi todos los pueblos.

(2) Esta división de funciones sociales que se advierte en el origen de las sociedades, me recuerda la división de las dos membranas del *blastodermo* en el embrión de los animales, el *exodermo* de donde van tomando forma los órga-

Desde que el hombre adquiere el hábito continuado de hacer algo para procurarse la subsistencia, se aboceta la función social especial, que denominaremos el trabajo. Las distintas maneras de trabajar y los distintos productos obtenidos, y la diversidad de necesidades y apetitos, produce el *cambio*, el cual toma diversas formas según sean las necesidades, las cuales se multiplican á medida que se satisfacen, lo cual recuerda la fórmula de los modernos naturalistas, de que si bien es verdad que en fisiología el órgano realiza la función, no lo es menos que la función crea el órgano. Con el estudio de los diversos estados de la vida económica y una somera indicación de las necesidades humanas, tendremos una idea de los factores del cambio, ó sea, de los elementos del comercio.

Las funciones económicas en la sociedad, he considerado que podían dividirse en

A. *Fundamentales*, ó sea las que corresponden á estados definitivos de la vida económica, como: 1.º, la guerra y caza; 2.º, la pesca; 3.º, la domesticación de los animales, el pastoreo; 4.º, la manufactura ó más propiamente la industria fabril; y 5.º, la agricultura.

B. *Funciones intermediarias*, que comprenden el *transporte* y el *comercio*.

C. *Funciones supereconómicas*, que comprenden las funciones intelectuales y morales, que tienen algún carácter económico, pero que indudablemente pertenecen á un orden superior: 1.º, trabajo artístico; 2.º, científico; 3.º, funciones morales y religiosas.

nos y aparatos destinados á funciones externas (sistema nervioso, etc.), y el *endodermo* de donde lo toman los órganos de la vida vegetativa é interna. Esta importante correlación de los fenómenos de la vida orgánica y de la vida social fué objeto de una conferencia que di en el Ateneo Barcelonés hace diez años, bajo el tema de *Un problema biológico y un problema social*, de que se ocupó la prensa científica del extranjero, especialmente la de los Estados Unidos; y es de advertir que éste y otros ensayos que he publicado acerca de la correlación de las leyes y de los fenómenos naturales y sociales, casi todos datan de época en que no se conocían en España, y mucho menos en Barcelona, donde resido, las obras de Schoefle, especialmente su libro *Estructura y vida del cuerpo social*, publicado en Tubinga en 1875, con el título *Bau und Leben des sozialen Körpers*.

CAPÍTULO II

Las necesidades humanas y los estados de la vida económica.—Las necesidades humanas más apremiantes son las que nacen de la naturaleza, *biológicas*; las de la inteligencia, *psicológicas*; las que provienen del estado social, *sociológicas*, ó mejor dicho, *sociales*.—Clasificación de Letourneau.

Estados y condiciones de la vida económica, demostrados por la arqueología prehistórica y protohistórica, la etnografía y la antropología.—Dichos estados y condiciones explican la naturaleza, extensión y condiciones de los cambios.

Con la diversidad de funciones en la vida económica, y con la diversidad de productos de la naturaleza y de la industria humana, se extiende el cambio hasta lo infinito.

15.—La economía política, en el fondo, no es más que un estudio superior de las relaciones humanas en cuanto tienden á la satisfacción de las necesidades de la vida.

Es imposible conocer la esencia de los fenómenos económicos sin un estudio previo de las necesidades de la vida orgánica y de la vida social, y de las condiciones bajo las cuales estas necesidades se satisfacen. Estas condiciones pueden dividirse en *subjetivas* y *objetivas*. Las subjetivas son cuatro, á saber: 1.ª, la existencia de la necesidad, y por lo tanto, la existencia de un órgano, de un aparato ó conjunto de órganos que estén en disposición de funcionar. Es evidente que si un animal superior careciese de estómago, no tendría hambre, lo propio que si un animal inferior careciese del tubo ó canal digestivo; 2.ª, la sensación de esta necesidad, el sentimiento ó la conciencia de la misma, según que se trate de físicas, intelectuales ó morales; 3.ª, un cierto grado de instinto, de aptitud orgánica ó de inte-